

Impacto

Trayendo la fe a la vida.
Encontrando vida en la fe.

¿Dónde está tu luz? ¡Deja que brille!

Jesús nos dice que dejemos que nuestra luz brille. Él dice: "Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad situada sobre un monte no se puede ocultar; ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en la casa. Así brille su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos. (Mt 5: 15-16)

Incluso la tarea más simple, cuando se hace en amor, brilla con la luz de Cristo. El padre que responde al llanto de su pequeño en medio de la noche es amor por el pequeño, mostrando el cuidado siempre vigilante de Dios. El adolescente que ayuda a un compañero de clase con la tarea, incluso cuando prefiriera visitar a sus amigos, es testigo de la misericordia de Cristo. El que sirve en el comedor de beneficencia y el que recibe la comida con gratitud dan evidencia del misterio de la presencia del Espíritu Santo que nos impulsa, fortalece e inspira en tiempos de generosidad y en momentos de necesidad.

Sabemos que muchas veces nuestras acciones no están llenas de luz. Ya sea por prisa, impaciencia, enojo o desprecio por los demás, a menudo fallamos en ser cálices de la presencia de Dios, incluso cuando podríamos hacerlo fácilmente. Aquí está el problema: la luz nunca deja de brillar. Dios nunca dejará de amarte, no importa cuán ocupado, estresado o terco seas o estés. Dios envió a su hijo Jesús, para mostrarnos cómo vivir en la luz, y Jesús envía al Espíritu Santo para darnos la inspiración y las herramientas que necesitamos para compartir la luz.

Estamos llamados a inclinar la balanza más cada día hacia amar, servir y dar. Reconociendo nuestras bendiciones, teniendo en cuenta la gracia de Dios y respondiendo con nuestras vidas, incluso (especialmente) cuando el hacerlo nos llama a sacrificarnos... ese es el patrón de una vida a través de la cual la oscuridad se desecha y se muestra la luz de Cristo.

Cada uno de nosotros tiene talentos y dones particulares, cosas que podemos hacer para llevar la luz de Cristo al mundo. Cada uno de nosotros tiene un "algo especial" que surge cuando damos lo mejor de nosotros. Estos talentos, dones y habilidades no se nos han dado para subestimarlos, para esconderlos por la inacción. Más bien, nos han sido dados para hacer el bien, hacer del mundo un lugar mejor y darle gloria a Dios al hacerlo.

¿Dónde está tu luz? ¿La has estado escondiendo? ¡Es hora de sacarla y dejarla brillar!



Impacta este mes

¿Cuál es tu "algo especial"? ¿Cómo contribuyes en el hogar, el trabajo, el ministerio y el servicio? Reflexiona sobre tus dones, talentos y habilidades. Ten en cuenta las cosas que naturalmente haces bien. Toma nota mental o haz una lista de estos regalos y úsalos intencionalmente en interacciones sociales y laborales.

¿Quiénes son las personas en necesidad que encuentras en tu vida diaria, en tu parroquia, ciudad y mundo? ¿Hay algún tipo particular de situación o necesidad que toque tu corazón?

Explora formas en que puedes usar tus dones y talentos para contribuir a las necesidades que te vinieron a la mente en tu reflexión. ¿Qué ministerio parroquial o caridad

católica local aborda la necesidad? ¿Cómo podrías involucrarte?

Haz una resolución para usar tus dones en tu vida diaria y al servicio de otros este mes.

Deja que la luz de Cristo brille a través de ti.

Qué su luz brille delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos.

Tú eres templo del Espíritu Santo.

¡El Espíritu Santo habita dentro de ti! ¿Cuándo fue la última vez que pensaste en esto? A veces, lo que creemos como cristianos católicos puede parecer distante o abstracto, con poca relación con

Cristo no tiene cuerpo, sino el tuyo.



No tiene manos, o pies en la tierra, sino los tuyos, tuyos son los ojos con los que ve la compasión en este mundo, tuyos son los pies con los que camina para hacer el bien, tuyas son las manos, con las que bendice todo el mundo. Tuyas son las manos, tuyos son los pies, tuyos son los ojos, eres tú su cuerpo. Cristo no tiene otro cuerpo sino el tuyo. – Santa Teresa de Ávila

la forma en que vivimos nuestra vida diaria. Entonces, sucede algo que provoca reflexión, estudio o conversación con otro, y la fe cobra vida. Las lecturas dominicales de este mes nos recuerdan una creencia vital que a veces es poco apreciada: como miembros bautizados del Cuerpo de Cristo, de hecho estamos imbuidos de la presencia del Espíritu Santo. Recordando esto, reconocemos nuestro llamado a vivir como administradores de esa presencia.

Sin embargo, es probable que perdamos de vista la presencia de Dios en nuestro interior. Podemos centrarnos en las cosas más que en Dios y las personas que nos rodean; podríamos hundirnos en la ira, el miedo o el resentimiento hacia otro; simplemente podemos estar ocupados, demasiado ocupados para pensar quiénes somos o quiénes estamos llamados a ser. A pesar de todo, Dios está con nosotros, invitándonos a una amistad más profunda con él.

Hay más. Sabiendo que el Espíritu Santo está con nosotros, nos damos cuenta de que cada persona es valiosa, creada a imagen de Dios, invaluable y preciosa. Nuestras acciones en nombre de otros son acciones con y para Dios.

Fe 2020

Por Leisa Anslinger

“Así dice el SEÑOR: comparte tu pan con los hambrientos, protege a los oprimidos y a los sin hogar; viste a los desnudos cuando los veas, y no des la espalda a los tuyos”. (Is 58:7) Tengo que ser honesta con ustedes. Encuentro pasajes como el que escuchamos de Isaías el 9 de febrero muy desafiante. Y este mes parece estar lleno de tales mensajes. Como pueblo de Dios y seguidores de Jesús, aquellos que más lo necesitan siempre deben estar en nuestros corazones, en nuestras mentes, con las manos listas para servir. Dejemos por un momento que esto se asiente. Probablemente sea fácil para la mayoría de nosotros señalar la colecta de alimentos o ropa que donamos en los últimos meses en nuestra parroquia, o la colecta especial que entregamos en Navidad. Pero las lecturas de esta semana, y de hecho, todo el evangelio, nos dicen que estamos llamados a algo más, algo más profundo. Porque, como a menudo han señalado los escritores espirituales, es sobre quiénes somos, porque de eso se trata.

Nuestras hermanas y hermanos necesitados deben estar en nuestros corazones porque están en el corazón de Dios. Debemos compartir, dar refugio, vestir y estar atentos a los vulnerables entre nosotros porque nos pertenecen, como pertenecen a Dios. Es posible que haya escrito aquí antes que una de las pláticas más interesantes que haya escuchado fue dada por la hermana Elinor Ford hace unos veinticinco años. En ella dijo: “Pertenezco a Dios y Dios me necesita”. No me malinterpreten, no es que Dios sea una deidad necesitada y distante que nos usa como peones en un juego. Más bien, Dios necesita que actuemos como el pueblo de Cristo en el mundo porque, como lo expresó Santa Teresa de Ávila, “Cristo no tiene cuerpo en la tierra sino el tuyo”.



He aquí mi desafío para todos nosotros. A lo largo de este mes a medida que comencemos o terminemos nuestro día, pidamos a Dios que nos muestre a las personas o situaciones en las que el Señor necesita que llevemos la presencia, la sanación o el cuidado de Cristo. Pidamos al Espíritu Santo que abra nuestros corazones para que rebosen de amor como lo hace el corazón de Dios, y que nos prepare para actuar con este gran amor que no puede ser contenido. Que podamos experimentar lo que Isaías predijo hace siglos: “Si le das tu pan al hambriento y satisfaces al afligido; entonces la luz se elevará para ti en la oscuridad, y la penumbra se convertirá para ti como el mediodía”. ¡No tengo dudas de que esto será así! Porque, a medida que salimos más allá de nosotros mismos para ir a los demás, veremos la luz misma de Cristo que esperamos compartir, expulsando toda penumbra y oscuridad y trayendo en su lugar alivio, consuelo y paz.